

ducido con tanto trabajo hasta México. Aspiraba a tener en San Fernando una comunidad numerosa y bien organizada, como las que él había conocido en Europa. Las misiones entre infieles debían ir estableciéndose poco a poco, sobre bases firmes y no solamente al compás de los que él creía sueños y excesivo fervor apostólico de Fr. Junípero Serra. Porque el Colegio —y Verger— supusieron que la imposición de Gálvez en el envío de misioneros era fruto de las cartas de Serra, y éste quedó un poco identificado, para las autoridades fernandinas, con los “fantásticos” planes del Visitador. Y en realidad, Serra era un soñador, pero también un hombre práctico, que no descuidaba detalle; un idealista y un hombre de acción. Si él tendió al optimismo en su visión de la empresa californiana, Verger nunca logró liberarse de su pesimismo de hombre prudente, que no quiere aventurarse. Eran dos posiciones perfectamente defendibles, que nada dicen en contra de ninguno de los dos; pero yo creo que Serra indicaba en este caso el mejor camino. Se trata de una opinión basada en la lectura de la correspondencia de ambos, cuyas fuentes serán citadas más adelante.

Dificultades y pobreza en la Baja California.

Estas ideas y este estado de ánimo influirán en la actitud de Verger respecto a las misiones californianas, durante el trienio de su guardianía en San Fernando que comenzó en diciembre de 1770. Hay en esta actitud mucho de negativo y de excesivamente crítico, pero también necesarias llamadas a la realidad. Y siempre una pronta disposición a defender a las misiones y a los misioneros, y a defenderlos con valentía y sin desfallecimiento. Tenemos buena prueba de ello en varios escritos de Verger, poco utilizados hasta el presente. Son cartas al comisario general de Indias, Fr. Manuel de Vega, cartas y memoriales al fiscal del Consejo de Indias, don Manuel Lanz de Casafonda, memoriales al virrey Bucareli. En ellas se nos revela Verger como hombre de inteligencia clara y de gran energía, buen dialéctico y de pluma fácil. Hombre difícil de batir.⁹

Estos escritos se refieren en su mayoría a las misiones de California. Si bien

⁹ El registro oficial de las cartas de Verger durante su primera guardianía en San Fernando de México (1770-1774) se conserva en el Museo Nacional, de México, en dos pequeños tomitos. Copias de cartas y otros papeles de Verger se conservan también en el British Museum, Add. Mss. 13, 974, fols. 231-293. Varias de las cartas a Lanz de Casafonda y una a don Antonio de la Banda se encuentran en Add. Mss. 13, 976 del mismo British Museum. En este trabajo utilizo una copia moderna, que posee la Academy of American Franciscan History, sacada del registro oficial conservado en el Museo Nacional de México.

aquí nos interesan principalmente como reveladores del hombre que los escribió, y menos como testimonios de la historia californiana, es necesario referirse a ciertos aspectos de ésta que requirieron la atención de Verger. Uno fue la pobreza y desarreglo de la Baja California. Los misioneros de San Fernando habían llegado allí con grandes ilusiones en 1768. Dichas misiones gozaban de gran renombre en la Nueva España. Era opinión general que los jesuitas habían logrado grandes éxitos en la Baja California, tanto en el orden espiritual como en el temporal. Pero la realidad, a la llegada de los franciscanos, no se ofreció tan brillante. Aquellas misiones se hallaban realmente en estado de profunda decadencia. La causa principal de esto suele atribuirse a la mala administración, descuido y latrocinio que, al parecer, reinaron en dichas misiones durante el breve período entre la expulsión de los jesuitas y la llegada de los franciscanos; sin embargo, la decadencia había comenzado ya en los últimos años del régimen jesuítico. El hecho es que los misioneros fernandinos se encontraron con que la Baja California no era el campo prometedor que esperaban. La situación no se remedió con la lluvia de decretos que el visitador Gálvez, hombre de proyectos grandiosos y de poder sin límites, hizo caer sobre la península californiana. La mayor parte de estos proyectos se revelaron utópicos. Cuando el presidente Fr. Junípero Serra salió en marzo de 1769 hacia la Alta California, las misiones de la Baja quedaron al cargo de Fr. Francisco Palou. Este, que fue también historiador de primera fila, dedica muchas páginas de sus *Noticias*, especialmente los capítulos doce, trece, catorce y quince de la primera parte, a exponer el estado de cosas que existía entonces en la Baja California.¹⁰ Tanto Palou como el primer gobernador nombrado por Gálvez —el sensato Matías de Armona— comprendieron desde un principio que los planes del visitador eran irrealizables y que sus medidas económicas acabarían por arruinar del todo a la península. Armona, en consecuencia, declinó el gobierno, mientras Palou se empeñó en buscar remedio a la situación, con habilidad y prudencia.

Aunque Gálvez, preocupado con la expedición a Sonora y probablemente ya con los amagos de su famosa locura se irritaba con sólo oír hablar de la Baja California, Palou decidió enviar a conferenciar con él al P. Ramos de Lora, quien llevaba propuestas radicales, entre ellas la renuncia por los misioneros de la administración temporal de las misiones. Gálvez había salido ya de Sonora para México y el P. Ramos de Lora regresó a California, no sin haber logrado ponerse en comunicación con el omnipotente Visitador y obtenido

¹⁰ *Noticias de la Nueva California*, obra terminada por Palou en 1783, pero que no se publicó hasta 1857. En este trabajo utilizo la versión inglesa editada por Herbert E. Bolton bajo el título: *Historical Memoirs of New California* (Berkeley, University of California Press, 1926; 4 vols.). Constituye una fuente de primera clase.

de éste la seguridad de que haría cuanto fuese necesario para remediar la situación allí existente. Entonces mandó Palou todo el expediente a México, aprovechando la ida del P. Dionisio Bastera, que se retiraba enfermo al colegio. Recibido amablemente por Gálvez, el P. Bastera le presentó (julio 10, 1770) un memorándum de las cosas que necesitaban remedio en la Baja California y el Visitador prometió conceder cuanto se le pedía; pero sea que se distrajo con otras ocupaciones, sea a causa de su disgusto con el colegio sobre el número de misioneros que debían ser enviados a California, no hizo nada.

De los treinta misioneros que Gálvez y el virrey arrancaron a la posición del Colegio, veinte fueron destinados a la Baja California, con el fin de reforzar las viejas misiones y establecer cinco nuevas entre Vellicatá y San Diego. Estos misioneros salieron de México en octubre de 1770 y al mismo tiempo el virrey Marqués de Croix envió instrucciones escritas al P. Palou (México, 10 noviembre de 1770). Tras un viaje lleno de peripecias, en su parte marítima, la mayoría de los misioneros no llegaron a Loreto hasta septiembre de 1771, siendo distribuídos provisionalmente entre las viejas misiones, pues la fundación de las nuevas no era posible por falta de escoltas, según el Gobernador informó al P. Palou. En realidad, estas fundaciones nunca fueron llevadas a cabo, porque mientras tanto el gobernador, Felipe de Barry, se convirtió de amigo —al menos aparente— en cerrado enemigo de los Franciscanos, y cuando el virrey Bucareli intervino decididamente en favor de éstos, ya las misiones habían sido cedidas a los Dominicos.

Lo que aquí nos interesa es la parte que en estos asuntos tomó el P. Verger, dirá con razón el lector. Pero la digresión, aunque larga, era imprescindible para entender lo que hizo Verger. Veámoslo. La primera carta que conocemos de Palou a Verger es del 23 de abril de 1771. Palou había recibido el 31 de marzo pasado las tres cartas-instrucciones del virrey Croix, para la fundación de las nuevas misiones y sobre los sínodos de éstas y las viejas. Se muestra entusiasmado por la posibilidad de poder ampliar el campo de apostolado hacia el norte; por otra parte, reinaba aún la armonía con el gobernador Barry. Sin embargo, hace varias observaciones sobre los sínodos, que le parecen insuficientes y no de acuerdo con lo concertado anteriormente entre Gálvez y el entonces presidente Fr. Junípero Serra. Antes de esta fecha, Palou había expuesto repetidas veces al antecesor del P. Verger en el gobierno del Colegio —P. Juan Andrés— las necesidades y problemas de la Baja California. En su larga carta al fiscal Lanz de Casafonda (México, 3 agosto 1771) Verger recoge, sistematiza y resume todos estos informes, adjuntando copia de las comunicaciones de Palou, al parecer desde la extensa del 24 de noviembre de 1769. Presenta a Palou como a "sugeto muy capaz, verídico y práctico en la reducción de los indios...", en otro

tiempo presidente de las [misiones] que este Colegio tenía en Sierra Gorda". Asegura a Casafonda que los cuidados de las misiones de California, tanto las de la Baja como las de la Alta —cuya situación también exponía, según cartas de Serra y Crespi— ayudaban mucho, con los demás de su oficio, a quitarle el sueño, "considerando que los yerros que a mi entender se cometen no se han de remediar" y "que tengo 46 súbditos en tantos trabajos en tierras tan remotas". Alude al atraso en que se hallaban aquellas misiones cuando la salida de los Jesuítas, y ello podría demostrarlo con una larga carta de Gálvez que tenía en su poder. "Entraron en lugar de los expulsados —prosigue Verger— unos soldados comisionados y en materia de poco más de seis meses hubo quien mató en su misión 600 reses, otro 400 y otro 300, siendo igual el destrozo en los otros, como consta en las cuentas que dieron; y esto fue lo que movió al Señor Visitador [Gálvez] a poner lo temporal de las misiones al cuidado de los Padres. Y a la verdad, sólo así podemos subsistir, si les ayudan con las providencias oportunas". Esto podría parecer impropio de los misioneros y así lo consideraron ellos al principio, lo mismo que el virrey y Gálvez; así lo creía también Verger, pero "crea V. S. —añade— que es del todo necesario. Pensar que los indios por sí han de cuidar de comida y vestido para un año, que han de trabajar por su orden para este fin, es pensar que con las manos podemos coger el cielo sin movernos de la tierra. Poner españoles que cuiden de todo esto, es aumentar comedores y salarios para que se aprovechen y hagan caudal propio del sudor de los indios, dejando a éstos padeciendo en lo espiritual y temporal".

No había bastado con la malversión de los comisionados. "Vamos todavía a peor", continúa en el número sexto de su carta-memorial. "Porque para las expediciones de Monterrey sacaron de ellas [las misiones] ciento cuarenta mulas, cuarenta caballos, seis yeguas, dos burros, 200 reses, las más vacas con sus crías, que se contaron". Ciertamente que de todo se había dado recibo para reemplazar lo tomado. "¿Pero cuándo será esto? Lo cierto es que por falta de mulas se han padecido grandes trabajos y necesidades, sin poderse socorrer unos a otros, ni llevar al real almacén sus frutos y sacar de él maíz para matar el hambre, o al menos minorarla". Tanta era la necesidad de aquellos indios que el Visitador dictó una serie de medidas para remediarlas, pero al mismo tiempo les obligó a pagar tributo, rebajó los precios de venta de los productos de las misiones al almacén real —[productos con que las misiones habrían de pagar la comida y vestido de sus indios]— y hasta revocó su anterior decreto de que se diese salario a los indios que trabajaban para el Rey, "mandando nuevamente a los comisarios reales sacasen de las misiones cuantos indios fuesen necesarios para las salinas y fincas del Rey, sin salario alguno", ni siquiera el vestido; sólo "una triste comida". La razón que daba Gálvez para justificar tal decreto era que

"todos los vasallos, si verdaderamente lo son, tienen tanta obligación de servir al Rey como los cristianos de servir a Dios", razón que —observa Verger— aplicada generalmente a los que sirven al Rey podría ahorrarle millones a su Magestad. . . Y últimamente, para que nada faltase, mandó que se tomase tanto número de bulas de la Santa Cruzada, cuantos indios tenía cada misión. De este modo, faltando la comida y vestido, se suplirá con las indulgencias". Según carta de Palou de 16 marzo 1770, esta orden de no pagar jornal a los indios había sido revocada por Gálvez y por el nuevo gobernador Armona, pero este había sido un gesto vacío, pues aquel gobernador recibió orden de volverse apenas llegado; "y aunque dicen —sigue implacable Verger— fue porque tenía renunciado el gobierno, no creo yo que fuese esta la razón, sino porque no aprobaba lo dispuesto por el señor Visitador [Gálvez], y este es un crimen manifiestísimo; pero ello es que no hemos de decir que lo blanco es negro, por no contravenir al dictamen de este señor, ni hemos de atropellar nuestra conciencia y onerarla por darle gusto".

"Yo bien considero —continúa en el núm. 10 de su carta memorial— que nada remediaremos por más escritos que presentemos, pero descargaremos nuestra conciencia, y por fin llegará la hora en que se descubrirá la verdad. V. S. vea lo que escribí en el correo antecedente [carta de 30 de junio de 1771, en que puntualizaba las razones de la pobreza de la Baja California: falta de tierra o de lluvia, u ociosidad de los indios, según los casos] y refleje bien en lo que va ahora, para. . . saber que dichas misiones ni han sido ni serán jamás pueblos de fundamento". Por eso los Padres Misioneros urgían que se "pida remedio, y si no lo hallamos en el Ilmo. Visitador Gálvez, al señor Virrey; y si no, renunciarlas. No tuvo por conveniente mi antecesor [Fr. Juan Andrés] practicar esto por escrito; lo hizo boca a boca, y viendo que no se podía sacar cosa de provecho, guardó las cartas y lo dejó al tiempo y a Dios. Yo aguardo razón de esta California [la Baja] para presentarle por escrito, para que en ningún tiempo culpen a este Colegio, si estas misiones o se pierden totalmente o no se adelantan".

Sigue Verger (número 12 y siguientes) discutiendo la cuestión de los síndicos, que afirma fueron reducidos arbitrariamente por Gálvez a niveles irrisibles, y previene contra los fantásticos informes de Gálvez sobre las nuevas misiones y sus progresos, para después, cuando se descubra, no se culpe de todo al Colegio. "Pero responderemos categóricamente: que las viejas están perdidas porque, sobre ser infelices, las han talado, retalado y vuelto a talar en sus bienes y operarios; que las nuevas tienen sólo nombres de misiones, porque todos los arbitrios y providencias que han dado no alcanzan para más" (núm. 15). Probablemente Verger se excedía un poco en su pesimismo; de haber esperado a contar con los elementos que enumera a continuación (números 15-22) como indispensables para una de tales fundaciones, es

posible que nunca se hubiera completado la conquista de la Alta California. Pero lo revelador para nosotros, en este caso, es el tono de su exposición. Nadie podrá decir que tenía pelos en la pluma. Sorprendente el tono en que se refiere a Gálvez. ¿Es que lo creía definitivamente fuera de escena, a causa de su enfermedad?

Mientras Verger apelaba a España, por encima del Virrey y del Visitador, las cosas en la Baja California iban de mal en peor. El gobernador Felipe de Barry se había vuelto completamente contra los misioneros. En octubre llegó allí la noticia del cambio de virrey y ello fue otro motivo de inquietud. ¿Qué actitud adoptaría Bucareli? Palou hubiera querido volar al Colegio, "para acalorar la cosa", como él escribe el 19 de octubre de 1771, y sugerir lo que debía exponerse al nuevo mandatario; pero corrió el rumor de que Bucareli traía consigo a Matías de Armona y esto llenó de alegría a Palou, pues dicho señor sabría defender como nadie los intereses de la Baja California. La venida de Armona se quedó, por desgracia, en rumor. Palou escribía el 7 de diciembre a Verger lleno de angustia por la suerte de las misiones; estaba dispuesto incluso a ir hasta España, en busca de remedio.¹¹ Mientras tanto, debía estar llegando a México el P. Juan Escudero, que se retiraba enfermo al Colegio. Llevó cartas de Palou y de algunos Padres de la Alta California con nuevas noticias sobre las dificultades que las misiones seguían encontrando en ambos distritos. Armado con estos informes, Verger entró de nuevo en acción, presentando un largo memorial al nuevo virrey Bucareli. Este, dando una primera prueba de su actitud, envió órdenes estrechas al gobernador Barry para que favoreciese en todo a los misioneros; incluía copia de las cartas de éstos, "para que, después de hacer lo que en ellas se pide, me diga en cada punto lo que haya ejecutado", tal como informaba al Colegio con fecha 18 de marzo de 1771.

Pero California estaba lejos y el correo funcionaba con lentitud. Si bien las órdenes fueron dadas en marzo de 1772, Palou no las tuvo en sus manos hasta diciembre. Barry, irritado por lo que él consideraba disminución de su autoridad, inventó nuevas intrigas contra los misioneros, que Palou supo deshacer con habilidad. Por lo demás, ya no valía la pena de combatir, pues estaba ya concertada la cesión de las misiones a los Padres Dominicos, medida en que fue asimismo preponderante la intervención de Verger, según veremos luego.

¹¹ Además de las *Noticias* del propio Palou, me valgo también de las cartas originales de éste, que se conservan en Archivo General de la Nación, México, colección *Documentos para la Historia de México*, vol. I. Existe fotocopia de las mismas en la Academy of American Franciscan History.

Si bien la malevolencia del gobernador Barry, con su obstruccionismo y mezquinas tiranías, había creado tal malestar entre los misioneros fernandinos de la Baja California, que Palou se declaraba al extremo de su resistencia y pedía permiso para retirarse al Colegio: aunque habían propuesto la renuncia y de hecho renunciado algunas de las misiones más lejanas, ante la imposibilidad de atenderlas, ni Palou ni sus misioneros pensaron jamás en abandonar por completo las misiones de la Baja California. Sin embargo, venían de antiguo sugiriendo la conveniencia de que alguna otra Provincia o Colegio de la Orden, e incluso religiosos de otra Orden distinta, tomasen a su cargo parte de aquel campo de apostolado. En su memorial de 23 de diciembre de 1771, Verger proponía ya que los Dominicos, u otros religiosos, tomasen a su cargo parte de las misiones de la Baja California, siete en total; los Franciscanos retendrían las cinco restantes, más la nueva de Vellicatá y las proyectadas entre este paraje y San Diego. El 8 de febrero de 1772 repite la misma propuesta ante Bucareli; prefería el inconveniente de mezclar así a los misioneros de ambas Ordenes al mayor inconveniente de que el Colegio de San Fernando tuviese que cargar con el peso de todas estas misiones y las nuevas de la Alta California, cosa que le parece imposible.¹² Cuatro días más tarde, el 12 de febrero de 1772, firmaba Palou en Loreto un detallado informe sobre las misiones de la Baja California, y en él llegaba a la conclusión de que era demasiado campo para un solo Colegio; debía buscarse, por lo tanto, la manera de que otros religiosos franciscanos o de otra Orden tomasen a su cuidado algunas de aquellas misiones.

Todo esto revela que tanto en México como en la Baja California las auto-

¹² Palou publica este memorial en el capítulo veinticinco, parte primera, de sus *Noticias*. Lo considera como resultado de los informes llevados por el escudero, quien había salido de la Baja California el 25 de octubre 1771 y llegado al Colegio de San Fernando en diciembre del mismo año (PALOU, *obra cit.*, part. I, cap. 24). Se conoce efectivamente un largo memorial de Verger a Bucareli, fechado en México a 22 de diciembre de 1771, pero no parece ser el publicado por Palou. Por otra parte, Bucareli acusó recibo al colegio, el 18 de marzo de 1772, "de la representación de V. Rma. de 23 de diciembre último y cartas que la acompañan...", y este acuse de recibo se refiere claramente al memorial de 22 de diciembre. Puede ser que este memorial llevase una fecha en el original (23 de diciembre) y otra en el registro del P. Verger (22 de diciembre). O que el memorial resumido por Palou sea de otra fecha, pues dicho autor no la indica; la identificación fue hecha por Bolton, en la edición inglesa de las *Noticias* (I, 151, nota 1). La dificultad está en que el mismo Palou parece dar base para tal identificación. ¿Puede haber, aparte del memorial conservado entre los papeles de Verger bajo la fecha de 22 de diciembre, un segundo memorial más sintético, o lista de peticiones, que sería el publicado por Palou?

ridades franciscanas habían llegado a la extrema decisión de renunciar por lo menos algunas de las misiones. Esta decisión debió ser alcanzada con mucha anticipación en México por el P. Verger, probablemente bastante antes de su citado informe de diciembre de 1771. Verger había escrito varias veces a Palou sobre este asunto, durante el año 1771, la última que conozco el 1 de junio, en que solicitaba un detallado informe de aquellas misiones. Pero Palou no recibió esta carta hasta el 18 de enero de 1772, cuando ya el P. Ramos de Lora había salido de Loreto para México con el fin de hacer un supremo intento por detener el colapso de las misiones y, de no ser esto posible, hacer renuncia parcial de las mismas. Que estas eran las instrucciones de Ramos de Lora consta por la carta de Palou del 18 de enero de 1772 y por lo que el propio Palou dice en sus *Noticias*, al final del capítulo 28 de la primera parte. Las noticias llevadas por Ramos de Lora anticipaban el informe de Palou (12 de febrero de 1772) y ello debió decidir a Verger en favor de la renuncia, que por razones surgidas entretanto hubo de ser total. Podemos imaginarnos cómo reaccionaría Verger, siempre preocupado con el mantenimiento de una numerosa comunidad en San Fernando, ante los cálculos de Palou y Ramos de Lora sobre que el Colegio necesitaría proporcionar unos cincuenta y cuatro nuevos religiosos para cubrir adecuadamente las necesidades misioneras de ambas Californias.¹³

En la actitud de Verger influyó también otro factor. Hacia mediados de 1771 supo con profunda alarma que el Concilio Provincial reunido entonces en la ciudad de México, bajo la presidencia del arzobispo Lorenzana, intentaba cambiar el régimen de los Colegios Apostólicos de Propaganda Fide, privándolos de su independencia y sujetándolos a la jurisdicción de los respectivos ministros provinciales. Lorenzana, hasta entonces tan deferente con el Colegio y personalmente con Verger, daba muestras de cierta frialdad inexplicable. Verger creyó averiguar que una de las causas de este cambio era la oposición que, en concepto de Lorenzana, hacían el Colegio y sus misio-

¹³ Es posible que las angustiosas llamadas de Palou hayan dado a Verger la impresión de que el primero y sus misioneros deseaban, en el fondo, el abandono de la Baja California. Es decir, que el ideal era la renuncia absoluta. De hecho, Verger al comunicar a Palou (junio 10 de 1772) el concordato con los Dominicos, le dice que "se había conseguido más de lo esperado". Lo cierto es, sin embargo, que Palou no quería la renuncia total y que sólo la aceptó a la fuerza. En cuanto a Fr. Junípero Serra, aunque permaneció a oscuras de todas estas negociaciones, consideró el resultado como una verdadera "expulsión". Conf. sobre esto Piette, obra citada en la nota 15. Cabe también la posibilidad de que Ramos de Lora, víctima preferida de las molestias de Barry y acaso poco a gusto en la Baja California, haya ido en sus informes verbales a Verger más allá de los escritos que le había confiado Palou.

neros a la entrada de los Dominicos en la Baja California. Parece que esto creó mal ambiente al Colegio entre los prelados asistentes al Concilio, uno de los cuales era el dominico Fr. Antonio Alcalde, que aquel año de 1771 fue promovido del obispado de Yucatán al de Guadalajara. La condescendencia en la entrada de los Dominicos le permitía a Verger ganar dos bazas con una sola jugada: se desprendía de una carga que él creía desde antiguo —y ahora creía él que compartían su opinión los propios misioneros de la Baja California— excesiva para el Colegio y al propio tiempo evitaba enfrentarse con elementos poderosos que, en México y en España, venían apoyando la causa de los Dominicos.¹⁴

Porque el proyecto era viejo. Se había iniciado con una real cédula del 4 de noviembre de 1768, dirigida al Virrey de la Nueva España, para que buscara la manera de complacer al P. Pedro de Iriarte, quien deseaba ocuparse con sus hermanos Dominicos en la evangelización de la Baja California. Pedían concretamente la parte central de la misma, entre los grados 25 y 28. Hacia marzo de 1769, el rumor de esta concesión real llegó a oídos de Fr. Junípero Serra, presidente de las misiones franciscanas en la península californiana. Fr. Junípero, que se disponía a emprender su histórica jornada a la Nueva o Alta California, dirigió a Gálvez (9 de marzo de 1769) una carta cuyo texto desconocemos, pero que debía expresar alarma por la posibilidad de perder un campo de apostolado en el que estaba poniendo todo su entusiasmo. Gálvez le tranquilizó desde La Paz (marzo 28), manifestando la duda de que tal noticia fuese verdadera y que en caso de que lo fuese tanto él como el Virrey harían todo lo posible para impedir tal proyecto. Pero Serra había sido bien informado, como pudo comprobar Gálvez al recibir carta del Virrey, fechada en México a 4 de abril de 1769, solicitando su parecer sobre la mencionada real cédula de 4 de noviembre de 1768, que le incluía. En su informe al Virrey (Los Alamos, 10 junio) se manifestaba Gálvez completamente contrario a la entrada de los Dominicos en California, bien atendida por los franciscanos; los dominicos podían emplearse en otros muchos campos, pues los había en abundancia. La respuesta de Gálvez fue enviada por el Virrey —junto con su propio parecer en contra, que ya había expresado en otra carta de 22 de abril— al ministro de Indias, Julián de

¹⁴ Las cartas de Verger al P. Vega y al fiscal Casafonda, tanto anteriores como posteriores a la cesión de las misiones, revelan el esfuerzo por deshacer la impresión de que el Colegio se oponía sistemáticamente a la entrada de los Dominicos, mostrándose en esto menos rendido a los deseos del Rey. En defensa de la independencia de los colegios, dirigió Verger al Concilio un fuerte memorial, que se conserva entre los papeles del British Museum. A dicho escrito y a sus buenos resultados —aunque pareció algo duro— hay referencias en la correspondencia de Verger con el fiscal Casafonda y con el comisario general de Indias, P. Vega.

Arriaga. Sin embargo, los Dominicos no se dieron por vencidos y solicitaron de nuevo un puesto en la Baja California, esta vez desde el grado 28 hacia el norte. Cosa que les fue concedida por real cédula de 8 de abril de 1770; entre las personas cuya consulta se menciona en la real determinación figura el Arzobispo de México, pero ni el Virrey ni Gálvez. Este, como es sabido, se hallaba por entonces fuera de combate, a causa de su crisis nerviosa; su omnipotencia y grandes arrestos durante la visita general de la Nueva España habían suscitado la natural celotipia en los círculos indianos de Madrid, mientras en México el Marqués de Croix seguía su política de contemporización y Lorenzana cultivaba el favor cortesano. El campo estuvo largo tiempo libre de obstáculos. Gálvez se recuperó, contra lo esperado, y trató aún de impedir la entrada de los Dominicos en California. El nuevo virrey Bucareli le había consultado, noviembre 30, sobre la ejecución de la real cédula del 8 de abril de 1770; Gálvez contestó desde México el 22 de enero de 1772 exponiendo las razones por las cuales tal proyecto le parecía impracticable. Pocos días después, partía para España el Visitador General y el ex-vicecroix, quizá persuadidos de que podrían, desde Madrid, paralizar definitivamente los intentos de los dominicos.¹⁵

Pero una gran expedición de misioneros Dominicos había ya llegado de España en agosto de 1771 y era indispensable buscarles un campo de apostolado. El arzobispo Lorenzana apoyaba su causa, según hemos indicado. Los misioneros de San Fernando, por su parte, se habían manifestado ya dispuestos a ceder parte de las antiguas misiones, si bien inclinándose a que los misioneros Dominicos se hiciesen cargo de las meridionales y reteniendo los Fernandinos las colindantes con las nuevas conversiones de la Alta California. Sin embargo, ya en su informe a Bucareli de 8 de febrero de 1772, Verger proponía que los Dominicos, además de las misiones del Sur, se hiciesen cargo de la Misión de Santa Rosalía de Mulegé, como puerto de mar conveniente para extenderse hacia la región del río Colorado. Una solución del viejo problema parecía, por lo tanto, inaplazable. Verger iba a negociar la con su conocida habilidad y eficacia. Lo que no representaba ya un gran sacrificio fue hecho de forma que apareciese como un gesto de magnánima generosidad por parte del Colegio de San Fernando, demostrando que éste no abrigaba tendencias monopolísticas en el campo misional y que ardía en deseos de cumplir los deseos del Rey.

¹⁵ MAXIMIN PIETTE, O.F.M. *Evocation de Junípero Serra, Fondateur de la Californie* (Washington, Academy of American Franciscan History, 1946) publicó en francés la carta de Gálvez a Serra (La Paz, 28 marzo 1769) y los informes que el mismo Gálvez dirigió respectivamente al Marqués de Croix (10 junio, 1769) y a Bucareli (22 de enero 1772). Piette trata largamente de este asunto, pp. 240-270, aunque con algunas inexactitudes y acaso dramatizando con exceso las cosas.

Verger fue invitado a dos reuniones de la Junta de Guerra y Real Hacienda, en las que no hubo acuerdo; en una tercera reunión de la Junta, celebrada el 21 de marzo sin la asistencia de Verger, quedó acordado que este último y el Comisario de los misioneros Dominicos —P. Iriarte— resolviesen las dificultades existentes. Así lo comunicó el propio Bucareli a Verger durante la visita que éste le hizo el 22 de marzo de 1772. Iriarte y Verger llegaron efectivamente a un acuerdo el 7 de abril, mediante el cual San Fernando cedía a los Dominicos, todas las viejas misiones, incluso la recién fundada de San Fernando de Vellicatá, quedando al cargo de los misioneros Fernandinos las nuevas conversiones de la Alta California, desde San Diego hacia el Norte. Este acuerdo fue aprobado formalmente por la Junta de Guerra y Hacienda el 30 de abril de 1772. La orden de ponerlo en ejecución fue dada el 12 de mayo por Bucareli, quien ya el día 4 del mismo mes había comunicado oficialmente el acuerdo a Palou. Poco después se lo comunicó también Verger.

CRISIS EN LA ALTA CALIFORNIA

La lectura de las cartas y memoriales de Verger, que hemos venido utilizando en las páginas anteriores, pone bien de manifiesto que las preocupaciones del Guardián de San Fernando no se limitaban a la Baja California. No ofrecían menores problemas las nuevas misiones que se había comenzado a establecer en la Alta o Nueva California. Ya vimos cómo Verger llegó a la guardianía de San Fernando, a fines de 1770, irritado contra Gálvez por su presión sobre el Colegio, a fin de que éste mandase a California la mayoría de los misioneros que el propio Verger acababa de traer de España. Verger creía que las nuevas misiones estaban fundándose sin base sólida, y que esto sólo podía conducir a su ruina, con el consiguiente descrédito para el Colegio. Fr. Junípero Serra era un misionero extraordinario, pero era "preciso moderar algo su ardiente zelo", tal como Verger escribía a Lanz de Casafonda el 3 de agosto de 1771. Sobre este tema de lo fantástico e irresponsable que era la empresa de la Alta California, tal como se estaba llevando a cabo, machaca Verger en sus cartas a Casafonda y al Comisario general de Indias. Este fondo de pesimismo le sirve, sin embargo, para solicitar con eficacia el remedio de las dificultades, demasiado reales por desgracia, con que tropezaban las nuevas conversiones. Verger ponía energía, constancia y habilidad en todas las cosas, y no puede negarse que puso todas estas dotes en defensa de las nuevas misiones californianas.

Esto resplandece meridianamente a través de la copiosa correspondencia

de Verger, pero pudiéramos decir que alcanza su punto culminante durante el conflicto Serra-Fages, que estuvo a punto de dar en tierra con toda la empresa californiana. El teniente Pedro Fages fue el primer comandante de Monterrey (1770-1774), cargo que equivalía al de jefe militar y civil de la Alta California. Típico militar ordenancista y de escasas luces, no tardó en revelarse inferior al cometido que le habían asignado, al parecer por influencia de Gálvez. Para colmo de infortunios, su superior era Felipe de Barry, el gobernador de California, residente en Loreto, cuya actitud hacia los misioneros ya conocemos. Fages llevó su obstruccionismo y molestias a tal extremo que Fr. Junípero Serra se decidió a buscar el remedio mediante una apelación personal al Virrey. A fines de 1772 emprendió desde San Diego la penosa marcha hacia la capital; el 2 de febrero de 1773 entraba en el Colegio de San Fernando. Allí se encontró con su paisano y amigo Verger, dispuesto a sostenerlo en toda la línea. El estado de cosas existente en la Alta California no era desconocido por Verger, quien sabía perfectamente que sólo por motivos de extrema gravedad hubiera Serra abandonado su puesto. En el curso del año 1771 había ido recibiendo noticias de lo que allí sucedía y en su memorial a Bucareli (México, diciembre 22, 1771) hacía ya uso de algunas. Por ejemplo, las contenidas en una escrita a Palou —y remitida por éste— en la que Serra insertaba esta frase: "Muchas veces he recelado me acaben la vida las pesadumbres". La carta de Serra estaba fechada a 21 de junio de 1771 y en ella ofrecía a su amigo Palou algunos casos de las mezquindades de Fages.¹⁶ Después de copiarlas, Verger decía a Bucareli: "La mucha paciencia y sufrimiento que este experimentado ministro, del que (como es notorio por el servicio que ha hecho a ambas Magestades en las misiones de la Sierra Gorda, California y Monterrey, por espacio de más de 16 años) jamás se ha oído queja alguna contra nadie, ni ésta se hubiera sabido a no

¹⁶ Esta carta de Fr. Junípero Serra, que se conserva original en la Biblioteca Nacional de México, ha sido publicada en *Writings of Junipero Serra*, vol. I (Washington, Academy of American Franciscan History, 1955), pp. 236-245. En los tres volúmenes de esta colección —los vols. II y III aparecieron en 1956— se incluyen varias cartas de Serra a Verger, las cuales han sido también tenidas en cuenta en el presente trabajo. Las "pesadumbres" a que alude Serra no procedían todas de Fages; a Serra le dolía también el poco arranque demostrado por los superiores del colegio en la fundación de las nuevas misiones. Lo revela claramente la carta de 20 junio 1771 a Verger (*Writings*, I, 210-224) justificándose de la reprimenda que había recibido del anterior guardián, quien acusa a Serra y a sus misioneros de haber dado motivo, con sus cartas, de que Gálvez hubiera pretendido enviar a California toda la "misión" traída de España. Manifiestamente decepcionado de que se le dificulte la promoción de las nuevas misiones, escribía: "Lo regular era pretender los colegios misiones y dificultarlo con muchas dificultades los ministros reales, y es cosa rara que ahora veamos lo contrario".